



# SIRIA: VOCES EN CRISIS

PERSPECTIVA MENSUAL DE LA CRISIS DE DERECHOS HUMANOS DE SIRIA.



## “AQUÍ NO HAY FUTURO PARA NOSOTROS”

ELIZA GOROYA, RESPONSABLE DE CAMPAÑA DE AMNISTÍA INTERNACIONAL, HABLA DE SU TRABAJO CON PERSONAS SIRIAS REFUGIADAS EN GRECIA ENTRE ENERO Y DICIEMBRE DE 2015.

Con nuestro intérprete Jowan, nos propusimos reunirnos con grupos de personas refugiadas en Grecia; personas que han sobrevivido un viaje peligroso y acaban de llegar a las islas griegas, personas que han sido detenidas (durante unos días o varios meses) y personas que están en el limbo, esperando. Algunas están a la espera de que se examine su solicitud de asilo o se emitan sus documentos. Otras continúan su viaje hacia el norte de Grecia y más allá.

Jowan también es refugiado de Siria, y superviviente de torturas. Fue perseguido por ser periodista en su

país y fue detenido tanto allí, en la tristemente famosa prisión de Sednaya, como en Grecia, en el centro de detención de Corinto.

"Me arrestaron cuando intentaba salir de Grecia en barco hacia Italia. De camino a Corinto, unos agentes de policía me golpearon... Durante los 50 días que pasé dentro del centro de detención, vi a diario cómo los detenidos recibían palizas [por parte de los guardias]... Nos negaban medicinas y atención médica... No recibí ningún tratamiento aunque tuve una inflamación grave en los pulmones..."

Personas refugiadas y migrantes esperan en la frontera de Macedonia cerca de la localidad de Idomeni, Grecia, 24 de agosto de 2015. © Amnesty International



A veces, parecía mejor solicitar la deportación, que se nos enviara de nuevo a la tortura o la muerte... muchas personas me dijeron que preferían que las asesinaran en su país a recibir aquellas humillaciones... Muchas, tras ser informadas de que estarían detenidas durante bastante tiempo, firmaron peticiones de deportación... Lo que está sucediendo dentro de los centros de detención es tortura. Cuando me acuerdo de Corinto, creo que Grecia es un país sin esperanza.

"Si no para la tortura contra las personas refugiadas o inmigrantes, al final acabará llegando tu turno, como ciudadano...", explica. Su historia se parece a muchas otras que escuchamos en nuestras visitas a centros de detención en todo el país.

Junto con Jowan, pasamos unos días en Lesbos, una pequeña isla que tiene fama de ser una de las pocas pequeñas grietas en las defensas de la "Fortaleza Europa". Más de 442.000 personas refugiadas y solicitantes de asilo han llegado a sus costas en lo que va de año, lo que coloca a esta isla a la cabeza del mayor número de llegadas en Grecia. Un grupo de personas hambrientas, desorientadas y empapadas acaba de llegar al centro de recepción de Moria. Una de las familias parece especialmente angustiada. Pronto nos enteramos de que uno de sus familiares, que viajaba con ellos, está en paradero desconocido. Se cayó de la lancha, y lo perdieron en la oscuridad del mar, nos dicen. Esto también explica los siniestros helicópteros que otean el horizonte. Afortunadamente, varias horas después, Mohamed\* aparece vivo y le visitamos en el hospital donde una anciana griega se ha asumido la tarea de cuidar de él:

"Traté de hacerme visible, sostuve la luz sobre la cabeza, pero nadie se acercó. El helicóptero pasó sobre mí, pero no se detuvo; no me vieron [...]. En el momento en que nos subimos a la balsa hinchable, notamos que algo andaba mal, que estaba perdiendo presión [...] empezó a capotar más de un lado, la mayoría de la gente tuvo que arrojar sus pertenencias al agua [...] decidimos lanzarnos al mar y agarrarnos a la balsa por ambos lados para que no cargara demasiado peso [...] dos personas fueron al lado seguro [...] yo estaba tocando el agua."

Nos muestra las marcas del agua salada en su ropa, luego saca su pasaporte de una bolsa de plástico en la que lo ha envuelto con cuidado. Muchos saben que, como Mohamed, puede que tengan que nadar para salvar la vida, y guardan sus pasaportes y dinero en materiales impermeables. Una realidad desesperada:

"Las olas eran de entre medio metro y un metro, empezaron a darme en la cara, se me metía agua en la boca [...] empecé a agotarme [...] una ola me azotó la cara y el agua se me metió en los pulmones y empecé a toser [...]. Ese fue el momento en que perdí contacto con la balsa [...]. Vi a la guardia costera turca, y traté de lanzarles una señal, pero no me vieron. Traté de mantener mi teléfono móvil alzado para lanzar una señal con el flash, pero otra ola me golpeó de nuevo, el móvil salió despedido [...].

Vengo de Latakia, una ciudad costera, pero hacía tres años que no iba a nadar [...] podía sentir que me estaba congelando, así que tuve que nadar más para calentarme. Me pasé cinco horas tratando de acercarme a la isla griega [...]. Llegué hasta unos 200 o 300 metros de distancia de la costa, pero la corriente me empujaba hacia atrás [...]. Lo intenté varias veces hasta que quedé demasiado agotado, casi inconsciente. Me recogió un barco pesquero [...]. Me desperté en el hospital.

Cuando caí al agua, no tenía miedo. Pensé 'mi cuerpo es fuerte, y puedo nadar bien'. Pero lo que me agotó, lo que me hizo sufrir, fue que no podía llegar a la orilla [...].

Mi familia está bien en Latakia, que es más segura en comparación con otras ciudades. Yo tuve que marcharme porque me habían llamado a filas para el servicio militar, y los servicios de inteligencia van detrás de mí por mi participación en el movimiento pacifista [...]. No quiero decirle a mi familia lo que me pasó [...]. Desde luego, no les voy a decir lo que pasó [en el mar] [...].

En Siria, estudié Administración de Empresas y estaba trabajando como diseñador; me encargaba de la fotografía y la edición. Espero poder volver a dedicarme a eso."

Mohamed tiene suerte. Se calcula que unas 3.601 personas han perdido la vida en el Mediterráneo este año, 588 de ellas en el mar Egeo, entre Grecia y Turquía. Para las que sobreviven, el arduo camino solo acaba de empezar. Se enfrentan a condiciones deplorables, a menudo sin poder acceder a refugio, alimentación o saneamiento. Normalmente, terminan dependiendo de la generosidad del voluntariado hasta para las necesidades más básicas: lo que Grecia y la UE no les han proporcionado.

En Kos, otra isla griega, estoy observando un grupo de personas refugiadas y solicitantes de asilo que hacen cola para subir a un ferry hacia Atenas. "¿Qué te hace tanta gracia?", pregunta un agente de policía a un padre que está sonriendo. Los agentes de policía le gritan y dicen que va a ser el último en subir como castigo a su comportamiento. El hombre está visiblemente afectado por esta agresión. Parece notar un dolor, y acto seguido se colapsa sobre el pavimento. Su hija le agarra la mano y grita: "Papá, papá..." Sólo esa palabra. "Tiene una enfermedad del corazón... y lo han insultado –me explica su hijo–. Es un hombre digno." Se le administra un medicamento, y parece estar recuperándose. Al cabo de varios minutos, llega una ambulancia, pero él se niega a que lo lleven al hospital. "Ir al hospital significa quedarnos aquí, en la isla. ¡No podemos quedarnos aquí! ¡Ni un día más!", exclama.

"¿Qué vas a hacer si pasa otra vez en el barco?", le preguntamos mientras él se recuesta en el suelo, débil pero decidido. Su hijo responde: "Es peor quedarnos aquí. Tenemos que seguir". Viste una camiseta que dice Run to the sea.

En la misma isla, vi un grupo de entre 15 y 25 personas que blandían bates de madera, listas para atacar físicamente a las personas refugiadas que están haciendo cola fuera de la comisaría para registrarse. Gritan cosas como "¡Vuelve a tu país!" y otros insultos. "Si sacas esa cámara, estás muerto", amenazan, rodeándonos. A otra activista le han quitado la cámara y sufre lesiones. En un primer momento, la policía no las frena; solo interviene cuando empiezan los ataques físicos, y utilizan gases lacrimógenos para dispersar a la multitud. Al día siguiente, un joven sirio llamado Abdullah me cuenta: "Los vi rodearos y vine a ayudar. Quince de ellos me dieron una paliza por acercarme". Abdullah tuvo que pasar unas horas en el hospital, pero utilizó ese tiempo para hacer de intérprete de otras personas refugiadas que no hablaban Inglés.

El hermano menor de Abdullah interrumpe para decir que ha aprendido a decir palabrotas en griego. "¡Me enseñó la policía!", estalla en carcajadas.

Al día siguiente, me encuentro con Zein, una licenciada en Administración de Empresas de 29 años de edad. Llegó a Kos con su novia y ha esperado durante días para conseguir sus papeles.

"Me fui de mi país con mi novia porque somos una pareja de lesbianas [...] para nosotras es imposible vivir en Siria sin sentir miedo o estar en peligro [...] si alguien llega a enterarse de lo nuestro [...] la familia, en el colegio, en el trabajo [...].

Y con la situación en Siria era imposible vivir [...] el ejército en la calle y luego ISIS [el grupo armado autodenominado Estado Islámico] vino a nuestro país [...]. Todo el mundo está luchando entre sí.

Aquí, en la isla [...] no hay derechos humanos. Nos tratan peor que a animales [...]. Tenemos que salir lo antes posible [...]. Estamos en peligro incluso entre los refugiados, debido a nuestra sexualidad [...].

Nuestro viaje fue muy estresante y difícil [...]. Estamos huyendo de un lugar terrible [...] pero necesitamos tiempo para rehacer nuestra vida y hacer frente a nuestros problemas [...] si nos dan tiempo, tendremos otra oportunidad de volver a llevar una vida normal y ser ciudadanos activos en la sociedad."

Pero a medida que los refugiados como Abdullah y Zein continúan su viaje hacia la Grecia continental, los problemas los persiguen. La mayoría de los ferries desde las islas llevan a la gente al puerto de El Pireo, cerca de Atenas. Yo he venido para ver lo que espera a los cientos de personas vulnerables que van llegando. Mientras espero a que arribe el ferry, me encuentro con Ameen.

De camino a Europa, Ameen iba en un barco de Libia que naufragó: aproximadamente 250 personas se ahogaron, incluidos muchos de sus familiares y amistades. Él fue rescatado y trasladado a Malta, desde donde continuó su viaje. Dos años más tarde, está aquí para recibir a su madre y su hermana que llegan desde las islas, y para continuar juntos su viaje hacia la seguridad y la dignidad.

"Es casi como si lo que pasó le hubiera pasado a otra persona [...] un desastre [...] tanta muerte. Pero hoy es un día feliz", dice. Sonríe ampliamente mientras se acerca el barco. Es optimista; persevera. Me aparto un poco y observo su conmovedora reunión. Los y las activistas les dan la bienvenida, además de a otros 1.000 refugiados que llegan a Atenas desde las islas. No hay ninguna ayuda a la vista, salvo las órdenes de "circulen" de la policía. La mayoría de estas personas suben a autobuses particulares que las conducen directamente a las fronteras griegas del norte.

Algunas esperan aquí y solicitan asilo en Grecia. El procedimiento puede ser muy lento, y con frecuencia no hay disposiciones adecuadas, ni siquiera para las personas con estatus de refugiado reconocido. Me reúno con Nur y su familia en un hotel de Atenas. Después de que su grupo fuera devuelto "en caliente" y sufriera malos tratos por parte de la guardia fronteriza de Macedonia, solicitaron asilo en Grecia. Nur está feliz porque acaba de obtener su pasaporte. Nos lo muestra orgullosa. Cuando sea mayor, quiere "subir a un avión y volar lejos". "¿Y de profesión?", pregunto. "Oh, voy a ser médico, para ayudar a los que sufren." "Aquí no hay futuro para nosotros", interviene su madre, tratando de explicar que no desean quedarse en Grecia.

Con más de cuatro millones de personas refugiadas procedentes de Siria que cobijo en tan solo cinco países de la región cercana, historias como la de Nur y las demás que se recogen aquí son demasiado habituales. En los últimos meses, hemos sido testigos de lo que espera a las personas que huyen de la crisis y los conflictos: un calvario que no termina en Grecia. Las personas refugiadas y solicitantes de asilo que sobreviven al viaje precario por mar corren riesgo de sufrir malos tratos y violencia, se ven obligadas a recorrer kilómetros a pie en condiciones climáticas desfavorables y a alojarse en campamentos precarios o a la intemperie, y no ven más alternativa que seguir adelante.

Amnistía Internacional pide que 400.000 –las que ACNUR considera más vulnerables– sean reasentadas en países ricos antes de que termine 2016. El reasentamiento (y otras formas legales de admisión de personas refugiadas) supone una tabla de salvación para las personas refugiadas más vulnerables del mundo. Se estima que, para finales de 2017, 1,45 millones de personas en todo el mundo necesitarán reasentamiento.

\*Nombre ficticio.

# CASO DESTACADO: SAFAA LALA

## MUJER SIRIA DESAPARECIDA DESDE 2013



Safaa Lala y su nieto. ©Particular

Safaa Lala, de 61 años de edad, vive en el barrio de Al Midan en Damasco y tiene dos hijos ya adultos. El 7 de marzo de 2013 fue a visitar a su hermano para despedirse de él, ya que tenía planeado viajar a Egipto al día siguiente para quedarse con su hijo, Rami al Attar. Fue detenida en el apartamento de su hermano y desde entonces ha estado confinada en condiciones equivalentes a una desaparición forzada.

Según los vecinos que presenciaron el arresto, unos 10 hombres vestidos con uniformes militares detuvieron a Safaa Lala y 6 otros miembros de su familia en dos apartamentos del mismo edificio. Se cree que los hombres eran miembros de las fuerzas de seguridad o de las Fuerzas de Defensa Nacional.

El edificio de apartamentos está situado en una zona controlada por el gobierno, y en el tejado albergaba unos pequeños barracones de las Fuerzas de Defensa Nacional.

Rami al Attar contó a Amnistía Internacional que uno de los miembros de la familia había tenido un altercado con el responsable local de las Fuerzas de Defensa Nacional dos días antes del arresto, y que las detenciones habían sido un acto de represalia. Sin embargo, el motivo oficial de la detención sigue sin conocerse.

En mayo de 2015, Rami al Attar envió una solicitud oficial al tribunal militar de Damasco. Las autoridades negaron que Safaa Lala y sus seis familiares estuvieran bajo custodia. Rami al Attar también ha intentado los canales extraoficiales, colaborando con intermediarios de los Servicios de Inteligencia Militar, Inteligencia General e Inteligencia de la Fuerza Aérea, pero no ha obtenido ninguna información acerca del paradero de su madre ni del resto de sus familiares. Contó a Amnistía Internacional:

"Le gustaba tanto Damasco. Yo no hacía más que insistir en que viniera a Egipto hasta que se calmaban las cosas, pero ella se negaba. Finalmente logré convencerla justo antes de que la detuvieran. Ella es la persona más importante del mundo para mí y yo soy la persona más importante del mundo para ella. No tengo a nadie más [...]. En los dos años y medio que han pasado desde que se la llevaron han sucedido muchas cosas. Mi hermana ha tenido un hijo, yo tengo un trabajo nuevo y tantas historias que compartir con ella. Antes tenía pelo, y ahora me estoy quedando calvo. No quiero envejecer. No quiero que ella me vea diferente a como estaba antes [de su detención]".